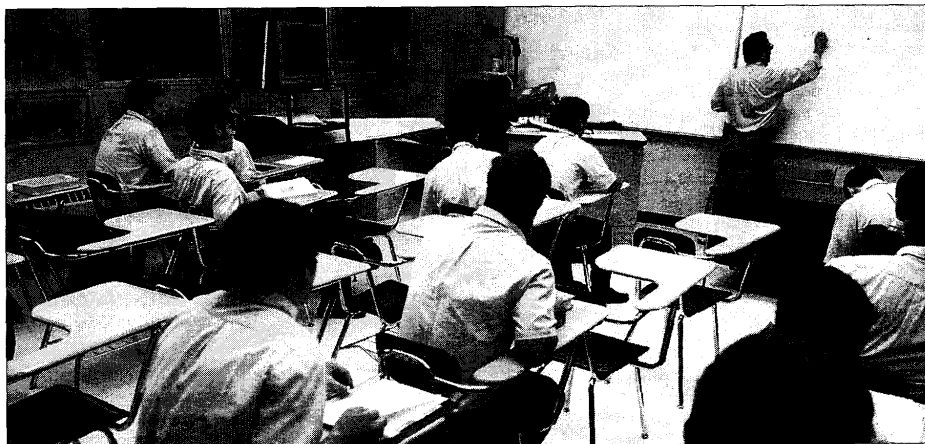


EN PRIMER PLANO



España destaca en el último informe de la OCDE por su elevado nivel de fracaso escolar. / Ete

Educación, así comienza el futuro

M.^a Jesús Valdemoros Erro

Directora del Servicio de Economía Cuantitativa del Círculo de Empresarios

Hace unos años, la película *Hoy empieza todo*, de Bertrand Tavernier, desataba en Francia un animado debate sobre la educación. Con un argumento aparentemente simple –las vicisitudes cotidianas del director de un colegio de educación infantil en una pequeña y depauperada ciudad–, la película planteaba una cuestión fundamental: qué enseñar a los más jóvenes y cómo lograrlo en una escuela condicionada por los problemas y cambios que experimenta el mundo en que vivimos. Y lo hacía mediante una dura crítica de los males que aquejan a la sociedad y al sistema educativo, pero sin renunciar al mensaje de esperanza que encierra su título: el de la educación como herramienta esencial de crecimiento personal y transformación del mundo.

La educación es, efectivamente, un elemento capital para toda sociedad. Un buen sistema educativo no sólo permite formar ciudadanos más libres, críticos y con mayor capacidad de adaptación a toda clase de cambios, incluidos los económicos. Es también la clave para impulsar la igualdad de oportunidades y la cohesión social. Bajo esas premisas, la insuficiente calidad del sistema educativo español, así diagnosticada por un reciente informe de la OCDE y visible en numerosos indicadores –una elevada tasa de abandono escolar o unos mediocres resultados en pruebas internacionales, por ejemplo–, debe conducir a una reflexión seria sobre la necesidad de reformas en el ámbito de la educación obligatoria, tal como argumenta el Círculo de Empresarios en su documento *Hacia un nuevo sistema educativo. Bases para la mejora de la enseñanza obligatoria*. En este mismo informe, el Círculo anuncia que los problemas específicos en los ámbitos de la formación profesional y la universidad se tratarán en posteriores documentos.

Las carencias de la educación en España, en concreto las de la enseñanza obligatoria, explican sin duda una parte de la erosión sufrida por la competitivi-

dad de nuestra economía. Un entorno internacional tan complejo y cambiante como el actual, donde el envejecimiento de la población, la creciente globalización, los flujos migratorios, el imparable avance de las tecnologías de la información o la mayor competencia se erigen en desafíos de alcance, requiere de un sistema educativo de calidad, capaz de dotar a las personas de la adaptabilidad necesaria. Lograrlo no es en ningún caso tarea fácil, y menos ante algunas peculiaridades de nuestro país. Porque no hay que olvidar que en los últimos treinta años se ha tenido que hacer un enorme esfuerzo para cubrir las grandes deficiencias que presentaba la educación española. Un esfuerzo que ha proporcionado resultados muy destacables en términos de inclusión de alumnos pero que, por el propio retraso de la situación de partida, no ha llegado a ámbitos que en la actualidad resultan determinantes para la calidad de la educación. Se trata de ámbitos –la formación del profesorado, la introducción de nuevas tecnologías o la atención a las necesidades del alumnado extranjero– en los que otros países llevan tiempo invirtiendo.

Reformas necesarias

La conclusión que en opinión del Círculo debe extraerse de todo lo anterior es clara: el sistema educativo en nuestro país precisa de reformas importantes que convalidarían no retrasar. La toma de conciencia por parte de todos los agentes implicados es, sin duda, el paso previo que se debe dar. En este sentido, los padres han de desempeñar un papel protagonista, implicándose y asumiendo la responsabilidad que les corresponde en la educación de sus hijos. Varios elementos podrían tomarse como ejes fundamentales alrededor de los cuales articular la reforma. En concreto, el Círculo de Empresarios centra su atención en tres. En primer lugar, la implantación de sistemas externos de control de los resultados obtenidos por los alumnos. Las pruebas y exámenes

formarían parte de estos sistemas, no con un carácter meramente selectivo, sino también como instrumentos para el diagnóstico temprano de problemas. En segundo lugar, la ampliación del nivel de autonomía con que cuentan los centros educativos, hoy maniatados por un sistema rígido. Mayores márgenes de actuación en cuanto a contenidos curriculares, métodos de enseñanza e incluso formas de organización dotarían al sistema educativo de la flexibilidad que requiere para atender el que debe ser su objetivo último: la formación de los alumnos, con sus circunstancias y necesidades específicas. En tercer lugar, la apuesta decidida por la transparencia, la responsabilidad y la rendición de cuentas como medios necesarios para hacer operativa la capacidad de exigencia de todos los agentes implicados.

Reformas como las propuestas son aplicables en todos los niveles de la enseñanza. Sin embargo, parecen especialmente necesarias en el ámbito de la educación obligatoria, la céntrica de nuestra escuela incluso a pesar de su carácter de columna vertebral del sistema. Así, la educación primaria y secundaria obligatoria tendrían que enfocarse al desarrollo de las capacidades básicas de los alumnos –adquirir y procesar información, transmitir y aplicar los conocimientos adquiridos, análisis, planteamiento y resolución de problemas, manejo de otras lenguas, etcétera– que luego les permitirán participar de la formación a lo largo de toda la vida. Además, estas reformas no deberían detenerse solamente en aquellos ámbitos, sino que podrían estar acompañadas por un fortalecimiento de la educación infantil mediante una inversión en recursos humanos y materiales. Esta búsqueda de un sistema educativo de calidad es indiscutiblemente un reto de envergadura, difícil pero tan apasionante como la propia educación en la que, parafraseando el título de la obra de Tavernier, cada día todo empieza de nuevo.